

Los tardos años mi existencia, y pudo  
Sólo en región extraña el oprimido  
Ánimo hallar dulce descanso y vida.  
Breve será, que ya la tumba aguarda,  
Y sus mármoles abre á recibirme;  
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
Á mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Será por ella. Prevenid en tanto  
Flébiles tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, Musas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de lauros y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.

## DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA

---

### LA DESPEDIDA DE SILVIA

Ya llegó el instante fiero,  
Silvia, de mi despedida,  
Pues ya anuncia mi partida  
Con estrépito el cañón;  
A darte el adiós postrero  
Llega ya tu tierno amante,  
Lleno de llanto el semblante  
Y de angustia el corazón.

Llega tú, objeto divino,  
Tiéndeme los brazos bellos;  
Que si logro yo que en ellos  
Dulce acogida me des,  
No conseguirá el destino  
El golpe que quiere darme,  
Porque antes de separarme  
Me verá muerto á tus pies.

¡Oh! si las pasiones nuestras  
Fueran de igual violencia,  
El dolor de nuestra ausencia  
Se partiera entre los dos;

Mas tú un semblante me muestras  
Indiferente ó contento,  
Cuando yo no tengo aliento  
Ni aun para decirte adiós.

Murmurando un manso río  
Baña el prado con sosiego,  
Y por fruto de su riego  
Bellas flores ve brotar;  
Tú en silencio, llanto mío,  
Mi afligido pecho bañas,  
Y de Silvia las entrañas  
No consigues ablandar.

Mas ¿qué dices, Silvia mía,  
Con ese tierno suspiro?  
¿Por qué entre lágrimas miro  
Tus ojos resplandecer,  
Cual nube que en claro día  
Opuesta al sol se deshace,  
Y el sol con sus rayos hace  
Brillar el agua al caer?

¿En mí los lánguidos ojos  
Fijas con tanta ternura?  
¿Sin faltarle la hermosura  
Falta á tu rostro el color?  
¿Vas á abrir los labios rojos,  
Y el sentimiento los sella?  
¡Que en tí haya de ser tan bella  
Aún la imagen del dolor!

¡Insensato! yo pensaba  
Que la amarga pena mía  
Algún alivio tendría  
Si tú penaras también:

Al error que me engañaba  
Concede Silvia el perdón;  
Ya siento más tu aflicción  
Que antes sentí tu desdén.

Bien mío, por Dios te ruego,  
Serena el triste quebranto;  
No vale tan bello llanto  
Cuanto el mundo encierra en sí.  
Pasen por tí con sosiego  
De amor las horas serenas,  
Y aquellas de angustia llenas  
Que se detengan en mí;

En mí, miserable y triste,  
Por el cielo destinado  
Para soportar del hado  
La bárbara crueldad;  
No en tí, que hermosa naciste,  
Llena de un poder divino,  
Para tener el destino  
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,  
Mientras que mi ausencia llores,  
De encontrar mil amadores  
Más de tu gusto que yo.  
Otro á quien dispense el cielo  
La fortuna de agradarte;  
Pero otro que sepa amarte  
Como yo te amo, eso no!

No me enamoró tu trato,  
Ni tu semblante perfecto,  
Sino un simpático afecto  
Que tal vez nací con él.

Yo me figuré un retrato  
De las gracias verdaderas,  
Y conocí que tú eras  
El original de aquél.

No suele, en tierra caído,  
Tan turbado é indeciso  
Á un relámpago imprevisto  
El caminante quedar,  
Como yo de amor perdido  
Al mirar tu bello rostro,  
Pues luego á tus pies me postro  
Y te adoro á mi pesar.

Mas yo parto... ¡ay Dios! mis penas  
En la explicación no caben;  
Los cielos solos las saben,  
Que el fondo del alma ven,  
Y vieron las horas llenas  
De deliciosos recreos  
Que colmaron mis deseos  
En los brazos de mi bien...

Ya las aguas blandamente  
Mueve afable ventolina,  
Y de la gente marina  
Se oye la confusa voz;  
Ya del ancla el corvo diente  
Del fondo tenaz retiran:  
Todos á darme conspiran  
Una muerte más veloz.

Ya con planta vacilante  
Piso la débil barquilla,  
Pronta á abandonar la orilla  
Y llevarme al gran bajel.

Silvia, á tu infeliz amante,  
En los últimos momentos,  
¡Qué funestos pensamientos  
No le asaltan en tropel!

Conozco el dulce desquite  
Con que pagas mis ternezas,  
Se me acuerdan tus finezas,  
Tu cariño bien lo sé:  
No hay prueba que no acredite  
Tu pasión en mi presencia;  
Pero ¿quién sabe en la ausencia  
Si sabrás guardarme fe?

Ese atractivo divino,  
De mí sumo bien origen,  
Tal vez los hados lo eligen,  
Por principio de mi mal;  
Y mientras yo, ausente y fino,  
Mi perdida prenda lloro,  
Los encantos que yo adoro  
Gozará un feliz rival.

No, mi bien; no, gloria mía.  
¡Oh! no se lleven los vientos  
Esos tiernos juramentos  
Que el universo envidió:  
«Venzamos la tiranía  
Del tiempo y de la distancia  
Con la invariable constancia  
Del lazo que nos unió».

Al salir el sol brillante,  
Al poner sus luces bellas,  
Al nacer luna y estrellas,  
Estaré pensando en tí:

No me apartaré un instante  
De esta idea encantadora;  
Y tú, entre tanto, traidora,  
Ni te acordarás de mí.

Á solas mi pensamiento,  
Engolfado en esos mares,  
Repasará los lugares  
Donde contigo me vi:  
Entonces mi sentimiento  
Hará sensibles los bronces;  
Tú, más que ellos dura, entonces  
Ni aun te acordarás de mí.

Aquí vi sus perfecciones,  
Allá la juré mi dueño,  
Allí con labio halagüeño  
Me dió el venturoso *si*.  
Tal vez estas reflexiones  
Harán que el dolor me acabe;  
Y tú entre tanto, quién sabe  
Si te acordarás de mí!

Llamaré instante de gloria  
Aquel en que vi tu gracia,  
Y origen de mi desgracia  
El punto en que la perdí:  
Mil veces esta memoria  
Me hará renovar el llanto;  
Y tú, quién sabe entre tanto  
Si te acordarás de mí!

Cuando sólo se estén viendo  
En el cielo las señales  
Con que asusta á los mortales  
El supremo Criador,

Oigase el tronar horrendo  
En las cavernas más hondas,  
Y del mar las turbias ondas  
Se levanten con furor;

Cuando impelido del Noto,  
El soberbio mar Tirreno  
Quiera desde su hondo seno  
Las estrellas asaltar,  
Y emplee el triste piloto  
En vez de la ciencia el ruego,  
Viendo ser su nave el juego  
De la cólera del mar;

Entre los roncós clamores  
De gente que atribulada  
Ante sus ojos la espada  
De la muerte ve lucir,  
Yo haré que de mis amores  
Tan negro horror se despida,  
Y ¡adiós, *Silvia de mi vida!*  
Se oirá en los vientos gemir.

#### HIMNO DE LA VICTORIA

—  
C O R O

*¡Venid vencedores,  
Columnas de honor!  
La patria os dé el premio  
De tanto valor.*

Tomad los laureles  
Que habéis merecido,

Los que os han rendido  
Moncey y Dupont;  
Vosotros, que fieles  
Habéis acudido  
Al primer gemido  
De nuestra opresión.

Venganza os llamaba  
De sangre inocente;  
Alzásteis la frente  
Que jamás temió;  
Y al veros los dueños  
De tantas conquistas,  
Huyen como aristas  
Que el viento arrolló.

Vos de una mirada  
Que echásteis al cielo,  
Parásteis el vuelo  
Del águila audaz;  
Y al polvo arrojásteis  
Con iras bizarras,  
Las alas y garras  
Del ave rapaz.

Llegad ya, provincias,  
Que valéis naciones,  
Ya vuestros pendones  
Deslumbran al sol;  
Pálido el tirano  
Tiembla y sus legiones  
Muerden los terrones  
Del suelo español.

Son á vuestras plantas  
Alfombra serena,

Laureles de Jena  
Palmas de Austerlitz;  
Son cantos de gloria  
Volver los cautivos  
Sus gritos altivos  
En llanto infeliz.

¡Oh, qué hermosos vienen!  
¡Su porte cuán fiero!  
¡Cuál brilla el acero!  
¡Cuál cruje el arnés!  
Estos son guerreros  
Valientes y bravos,  
Y no los esclavos  
Del yugo francés.

Gloria, ¡oh flor del Betis!  
Que habéis bien probado  
El brío heredado  
Del suelo natal;  
Que allí sin cultivo  
Crece y se levanta  
Del triunfo la planta,  
La oliva inmortal.

Funesto es el día,  
Francés orgulloso,  
Y el campo ominoso  
Que pisas, también;  
La sombra de Alfonso  
Con iras más bravas,  
Su gloria en las Navas  
Defiende en Bailén.

Salve, honor del Turia,  
De Marte centellas,

Pues vivos como ellas  
Al triunfo voláis;  
La hueste enemiga  
Rompéis imprevistos,  
Y apenas sois vistos  
Victoria cantáis.

Gloria ¡oh, valerosos  
Del solar manchego!  
¡Oh, cuán bello riego  
Dais á vuestra mies!  
Los surcos se vuelven  
Sepulcro á tiranos;  
Sangrientos los granos  
Se mecen después.

Y en tanto en el Ebro  
Los pechos son muros  
Que atienden seguros  
Morir ó vencer;  
Siempre el sol los halla  
Lidiando con gloria;  
Siempre con victoria  
Los deja al caer.

¡Oh, cuán claros veo  
Brillar en sus ojos  
Los fieros enojos  
Que van á vengar!  
¡Oh cuánto trofeo  
Que ganó su espada  
Verá consolada  
La patria en su altar!  
¡Oh patria, respira  
De males prolijos;

Descansa en los hijos  
Que el cielo te dió!  
Ni temas que el arte  
Falte á su fortuna;  
Soldados la cuna  
Naciendo los vió.

Ya vengada, sólo  
Libertad y gloria  
Dejará en memoria  
Tu agravio en Madrid:  
Tiempo es ya que activa  
La frente levantes,  
Pues llegan triunfantes  
Los hijos del Cid.

Ninfas, vengan lauros  
Frescos, verdes, bellos;  
Enjugad con ellos  
Tan noble sudor:  
Ni olvidéis la oliva,  
Que es planta gloriosa;  
Ni aun alguna rosa  
Que os brinde el amor.

---

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Á ESPAÑA

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¿Qué era, decídmelo, la nación que un día  
Reina del mundo proclamó el destino,  
La que á todas las zonas extendía  
Su cetro de oro y su blasón divino?  
Volábase á occidente,  
Y el vasto mar Atlántico sembrado  
Se hallaba de su gloria y su fortuna.  
Doquiera España: en el preciado seno  
De América, en el Asia, en los confines  
Del África, allí España. El soberano  
Vuelo de la atrevida fantasía  
Para abarcarla se cansaba en vano;  
La tierra sus mineros le rendía,  
Sus perlas y coral, el Océano,  
Y donde quier que revolver sus olas  
Él intentase, á quebrantar su furia  
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,  
Abandonada á la insolencia ajena,  
Como esclava en mercado, ya aguardaba  
La ruda argolla y la servil cadena.  
¡Qué de plagas! ¡oh, Dios! Su aliento impuro,  
La pestilente fiebre respirando,  
Infestó el aire, emponzoñó la vida;  
La hambre enflaquecida  
Tendió sus brazos lívidos, ahogando  
Cuanto el contagio perdonó; tres veces  
De Jano el templo abrimos,  
Y á la trompa de Marte aliento dimos;  
Tres veces, ¡ay! Los dioses tutelares  
Su escudo nos negaron, y nos vimos  
Rotos en tierra y rotos en los mares.  
¿Qué en tanto tiempo viste  
Por tus inmensos términos, oh, Iberia?  
¿Qué viste ya sino funesto luto,  
Honda tristeza, sin igual miseria,  
De tu vil servidumbre acerbo fruto?  
Así, rota la vela, abierto el lado,  
Pobre bajel á naufragar camina,  
De tormenta en tormenta despeñado,  
Por los yermos del mar; ya ni en su popa  
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,  
Ni en señal de esperanza y de contento  
La flámula riendo al aire ondea.  
Cesó en su dulce canto el pasajero,  
Ahogó su vocerío  
El ronco marinero,  
Terror de muerte en torno le rodea,  
Terror de muerte silencioso y frío;

Y él va á estrellarse al áspero bajío.  
Llega el momento, en fin; tiende su mano  
El tirano del mundo al occidente,  
Y fiero exclama: «El occidente es mío».  
Bárbaro gozo en su ceñuda frente  
Resplandeció, como en el seno obscuro  
De nube tormentosa en el estío  
Relámpago fugaz brilla un momento  
Que añade horror con su fulgor sombrío.  
Sus guerreros feroces  
Con gritos de soberbia el viento llenan;  
Gimen los yunques, los martillos suenan,  
Arden las forjas. ¡Oh, vergüenza! ¡Acaso  
Pensáis que espadas son para el combate  
Las que mueven sus manos codiciosas?  
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,  
Cadenas son que en vergonzosos lazos  
Por siempre amarren tan inertes brazos.  
Estremeciósse España  
Del indigno rumor que cerca oía,  
Y al grande impulso de su justa saña  
Rompió el volcán que en su interior hervía.  
Sus déspotas antiguos  
Consternados y pálidos se esconden;  
Resuena el eco de venganza en torno,  
Y del Tajo las márgenes responden:  
¡Venganza! ¡Dónde están, sagrado río,  
Los colosos de oprobio y de vergüenza  
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?  
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;  
Y tú, orgulloso y fiero,  
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,

Precipitas al mar tus rubias ondas,  
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»  
¡Oh, triunfo! ¡Oh, gloria! ¡Oh, celestial mo-  
¡Con que puede ya dar el labio mío [mento!  
El nombre augusto de la patria al viento?  
Yo le daré; mas no en el arpa de oro  
Que mi cantar sonoro  
Acompañó hasta aquí; no aprisionado  
En estrecho recinto, en que se apoca  
El numen en el pecho  
Y el aliento fatídico en la boca.  
Desenterrad la lira de Tirteo,  
Y al aire abierto á la radiante lumbre  
Del sol, en la alta cumbre  
Del riscoso y pinífero Fuenfria,  
Allí volaré yo, y allí cantando  
Con voz que atruene en derredor la sierra,  
Lanzaré por los campos castellanos  
Los ecos de la gloria y de la guerra.  
¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,  
Único asilo y sacrosanto escudo  
Al impetu sañudo  
Del fiero Atila que á occidente oprime!  
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis  
Ved del Tercer Fernando alzarse airada  
La augusta sombra; su divina frente  
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;  
Y allá sobre los altos Pirineos,  
Del hijo de Jimena  
Animarse los miembros gigantes.  
En torvo ceño y desdeñosa pena



Ved cómo cruzan por los aires vanos;  
Y el valor exhalando que se encierra  
Dentro del hueco de sus tumbas frías,  
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!»  
¡Pues qué! ¿Con faz serena  
Viérais los campos devastar opimos,  
Eterno objeto de ambición ajena,  
Herencia inmensa que afanando os dimos?  
Despertad, raza de héroes: el momento  
Llegó ya de arrojarse á la victoria;  
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,  
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.  
No ha sido en el gran día  
El altar de la patria alzado en vano  
Por vuestra mano fuerte.  
Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte  
Que consentir jamás ningún tirano!*  
Sí, yo lo juro, venerables sombras;  
Yo lo juro también, y en este instante  
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,  
Ceñidme el casco fiero y refulgente;  
Volemos al combate, á la venganza;  
Y el que niegue su pecho á la esperanza,  
Hunda en el polvo la cobarde frente.  
Tal vez el gran torrente  
De la devastación en su carrera  
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura  
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,  
A encontrar nuestros inclitos mayores?  
«¡Salud, oh, padres, de la patria mía!  
¡Yo les diré, salud! La heroica España  
De entre el estrago universal y horrores

Levanta la cabeza ensangrentada,  
Y vencedora de su mal destino,  
Vuelve á dar á la tierra amedrentada  
Su cetro de oro y su blasón divino.»

### AL ARMAMENTO

DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS  
CONTRA LOS FRANCESES

«Eterna ley del mundo aquesta sea:  
En pueblos ó cobardes ó estragados  
Que ruede á su placer la tiranía;  
Mas si su atroz porfia  
Osa insultar á pechos generosos  
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,  
Estréllese al instante,  
Y de su ruina brote el escarmiento».  
Dijo así Dios: con letras de diamante  
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,  
Y en torrentes de sangre á la venganza  
Mandó después que lo anunciase al suelo.

Hoy lo vuelve á anunciar. En justa pena  
De tu vicioso y mísero abandono  
En tí su horrible trono  
Sentó el númen del mal, Francia culpable;  
Y sacudiendo el cetro abominable,  
Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila.  
El genio atroz del insensato Atila,  
Las furias que el mortífero estandarte  
Llevaban de Timur, mandan al lado  
De tu feroz sultán: ellas le inspiran,

UNIVERSIDAD DE NOVA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" 16775  
Año: 1625 MONTERREY, MEXICO

Y ya en su orgullo á esclavizar se atreve  
Cuanto hay del mar de Italia á los desiertos,  
Faltos siempre de vida y siempre yertos,  
Do reina el polo engendrador de nieve.

Llega, España, tu vez; al cautiverio  
Con nefario artificio  
Tus príncipes arrastra, y en su mano  
Las riendas de tu imperio  
Logró tener y se ostentó tirano.  
Ya manda, ya devasta; sus soldados  
Obedeciendo en torpe vasallaje  
Al planeta de muerte que los guía,  
Trocaron en horror el hospedaje,  
Y la amistad en servidumbre impía.  
¿Á dónde pues huyeron,  
Pregunta el orbe estremecido, á dónde  
La santa paz, la noble confianza  
La no violada fe? Vanas deidades,  
Que sólo ya los débiles imploran.  
Europa sabe, de escarmiento llena  
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran  
Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida:  
Nadie incline á esta gente fementida  
Por temor pusilánime la frente;  
Que nunca el alevoso fué valiente.  
Alto y feroz rugido  
La sed de guerra y la sangrienta saña  
Anuncia del león; con bronco acento  
Ensordeciendo el eco en la montaña,  
Á devorar su presa  
Las águilas se arrojan por el viento.

Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata  
Al descuidado seno que la abriga  
Callada llega y ponzoñosa mata.  
Las víboras de Alcides  
Son las que asaltan la dorada cuna  
De tu felicidad. Despierta, España,  
Despierta, ¡hay Dios! Y tus robustos brazos,  
Haciéndolas pedazos  
Y esparciendo sus miembros por la tierra,  
Ostenten el esfuerzo incontrastable  
Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando  
El eco grande del clamor guerrero,  
Hijo de indignación y de osadía.  
Asturias fué quien le arrojó primero.  
¡Honor al pueblo astur! Allí debía  
Primero resonar. Con igual furia  
Se alza, y se extiende á donde en fértil riego  
Del Ebro caudaloso y dulce Turia  
Las claras ondas abundancia brotan;  
Y como en selvas estallante fuego  
Cuando las alas de Aquilón le azotan,  
Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia  
Júpiter basta, ni los anchos ríos  
Que oponen su creciente á sus furores,  
Los ecos libradores  
Vuelan, cruzan, encienden  
Los campos olivíferos del Bétis,  
Y de la playa Cántabra hasta Cádiz  
El seno azul de la agitada Tétis.

Álzase España, en fin; con faz airada  
Hace á Marte señal, y el Dios horrendo

Despeña en ella su crujiente carro;  
Al espantoso estruendo,  
Al revolver de su terrible espada,  
Lejos de estremecerse, arde y se agita  
Y vuela en pos el español bizarro.  
«¡Fuera tiranos!» grita  
La muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,  
Eco de vida, manantial de gloria!  
Esos ministros de ambición ajena  
No te escucharon, no, cuando triunfaban  
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;  
Aquí te oirán y alcanzarás victoria;  
Aquí te oirán saliendo  
De pechos esforzados, varoniles;  
Y la distancia medirán, gimiendo,  
Que de hombres hay á mercenarios viles.  
Fuego noble y sublime, ¿á quién no alcanzas?  
Lágrimas de dolor vierte el anciano  
Porque su débil mano  
El acero á blandir ya no es bastante;  
Lágrimas vierte el ternezuelo infante;  
Y vosotras también, madres, esposas,  
Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva  
En medio de esas huestes sanguinosas?  
Otra lucha, otro afán, otros enojos  
Guardó el destino á vuestros miembros bellos,  
Deben arder en vuestros negros ojos.  
«¿Queréis, responden, darnos por despojos,  
A esos verdugos? No: con pecho fuerte  
Lidiando á vuestro lado,  
También sabremos arrostrar la muerte.  
Nosotras vuestra sangre atajaremos;

Nosotras dulce galardón seremos  
Cuando, de lauro y de floridos lazos  
La vencedora frente coronada,  
Reposo halléis en nuestros tiernos brazos».  
¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora  
De cien provincias, que cual ley suprema  
Adoraban tu voz, ¿callas ahora?  
¿Á dónde están el cetro, la diadema,  
La augusta majestad que te adornaba?  
«No hay majestad para quien vive esclava;  
Ya la espada homicida  
En mí sus filos ensayó primero.  
Allí cayó mi juventud sin vida:  
Yo, atada al yugo bárbaro de acero,  
Exánime suspiro,  
Y aire de muerte y de opresión respiro».  
¡Ah! respira más bien aura de gloria,  
¡Oh corona de Iberia! Alza la frente,  
Tiende la vista; en iris de bonanza  
Se torna al fin la tempestad sombría.  
¿No oyes por el Oriente y Mediodía  
De guerra y de matanza  
Resonar el clamor? Arde la lucha,  
Retumba el bronce, los valientes caen,  
Y el campo, de humo rojo hecho ya un lago,  
Descubre al mundo el espantoso estrago.  
Así sus llanos fértiles Valencia  
Ostenta; así Bailén, así Moncayo;  
Y es fama que las víctimas de Mayo  
Lívidas por el aire aparecían;  
Que á su alarido horrendo  
Las francesas falanjes se aterraban;

Y ellas, su sangre con placer bebiendo,  
El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañáis á la victoria,  
Volad, y aperebid en vuestras manos  
Lauros de Salamina y de Platea,  
Que crecen cuando lloran los tiranos.  
De ellos ceñido el vencedor se vea  
Al acercarse al capitolio ibero.  
Ya llega, ¿no le véis? Astro parece  
En su carro triunfal, mucho más claro  
Que tras tormenta el sol. Barred las calles  
De ese terror que las yermaba un día;  
Que el júbilo las pueble y la alegría;  
Los altos coronad, henchid los valles,  
Y en vuestra boca el apacible acento,  
Y en vuestras manos tremolando el lino,  
«Salve, exclamad, libertador divino,  
Salve», y que en ecos mil lo diga el viento,  
Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande á sus leones  
Volar rugiendo al alto Pirineo,  
Y allí alzar el espléndido trofeo,  
Que diga: «Libertad á las naciones».  
Tal es, ¡oh, pueblo grande! ¡oh, pueblo fuerte!  
El premio que la suerte  
A tu valor magnánimo destina.  
Así resiste la robusta encina  
Al temporal: arrójanse silbando  
Los fieros huracanes,  
En su espantoso vértigo llevando  
Desolación y ruina: ella resiste.  
Crece el furor, redoblan su pujanza,

Braman, y tiembla en rededor la esfera.  
¿Qué importa que á la verde cabellera  
Este ramo y aquel falte, arrancado  
Del impetu del viento, y luego muera?  
Ella resiste; la soberbia cima  
Más hermosa al Olimpo al fin levanta,  
Y entre tanto meciéndose en sus hojas,  
Céfiro alegre la victoria canta.